

HOLLYWOOD - BARCELONA

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

UNA BUENA OBRA

Todavía perdura en nuestras imaginaciones la dolosa historia de la desventurada viuda de René Cresté («Judex») el que fué popular actor cinematográfico, que al encontrarse en la más espantosa miseria y con una hija enferma, había intentado suicidarse.

Nosotros, desde estas mismas columnas, como recordarán nuestros lectores, rogábamos a todas las almas buenas se ocuparan de esos seres y abegáramos porque se realizaran unas cuantas funciones a beneficio de los mismos.

Una vez más han sido oídos nuestros ruegos, y los cineastas de allende el Pirineo se han unido en estrecho abrazo, como un sólo hombre, para ayudar en cuanto los medios les permitan a la viuda e hija del que fué un buen artista y mejor compañero.

El día 7 del corriente, tuvo lugar un beneficio en la «Sala Pleyel», una función de gala organizada por Armand Tallier y Jean Toulout, que fueron camaradas del malogrado artista.

Esta función ha corrido a cargo de la Cámara Sindical Francesa de Cinematografía, de la Asociación Profesional de la Prensa Corporativa y de la Unión de Artistas...

Actos como éste, honran a los organizadores y a todos aquellos que más directa o indirectamente intervienen en ellos...

Este acto de solidaridad lo esperábamos con ansia.

CHANEY VENDRA A EUROPA EN ABRIL

Dicen de Hollywood, que muy en breve, en el próximo mes de abril, Lon Chaney hará un viaje a Europa para rodar en un film que Victor Sjöström realizará por cuenta de la Metro Goldwyn en Stocolmo y Berlín.

No dicen qué clase de film es, ni sabemos tampoco su título, ya que

las cosas se llevan con extraordinaria reserva; pero suponemos que su papel será como todos los suyos de una gran intensidad dramática.

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 193)



JOHN GILBERT
(Por Rafael Rubio Casado,
de Barcelona)

¡No en balde es uno de los lados del triángulo equilátero de la Tragedia!

EN INMEJORABLES RELACIONES

Antes Gance y ahora Maurice Tourner, han ido a realizar films a Alemania. Por otra parte los artistas teutones y los franceses parecen haber establecido una especie de intercambio, que según las apariencias, lleva traza de terminar en una franca camaradería y amistad que limará de una vez y ojalá sea para siempre, las asperezas que entre am-

bos pueblos existían, dando al olvido antiguos rencores...

A Tourner acaba de contratarle la Sté Max Glass para realizar su primer film en Berlín, que se titulará «El buque de los hombres perdidos».

Decididamente la fraternidad universal la está consiguiendo el arte mudo.

TAMBIEN EN FRANCIA?

Los Establecimientos Jacques Haik acaban de contratar a Alexandre Ryder, para que ponga en escena films parlantes por el procedimiento «Cinevox» que hace el número mil y pico de las modalidades sobre el «Vitaphone». Esperamos ver y oír uno de esos films sincronizados, para juzgar.

Japón está desplegando una actividad cinegráfica extraordinaria. No sospecharán nuestros lectores, seguramente, que en la actualidad cuenta con más de veinticinco firmas productoras, con un capital aproximado de ciento cincuenta millones de francos. Anualmente se producen más de ochocientos películas de más de 2.000 metros. Existen 122 periódicos cinematográficos; es decir, tantos como en los Estados Unidos.

Los films Sofar han presentado últimamente uno de los más recientes films japoneses.

Es un drama titulado «Jujiro» (Sendas cruzadas), obra basada en una leyenda nipona del siglo XVIII. «Jujiro» aporta no sólo la revelación de una cinematografía desconocida, sino, bajo una forma artística, la enseñanza de costumbres y trajes de un país de tradición y de gran valor en el que el heroísmo y la abnegación son la base del orden social.

El Mago de HOLLYWOOD



“EL HOMBRE QUE NO RIE”

Los comienzos del “pequeño” Buster Keaton

He aquí la interesante biografía del genial «Pamplinas», publicada por un cronista de Hollywood:

En uno de los pequeños y confortables teatros de proyección de los estudios de Metro-Goldwyn - Mayer, presenciaba yo una tarde a puertas cerradas, la exhibición de la última cinta de Buster Keaton, «El Cameraman», en aquel momento no estrenada aún. Yo estaba solo o creí estarlo. Pero con la vislumbre centesimal de la pantalla, divisé ante mí, en una butaca, a un señor, que embudado en ella, se disponía también a presenciar la exhibición.

Y comenzó la película graciosa como pocas. Yo la observaba en silencio, conteniendo la risa, quizás porque cuando uno está solo se ríe para adentro, o simplemente porque las carcajadas sonoras no las hacemos para satisfacción nuestra sino para que los demás adviertan nuestra alegría. Pero el otro señor no pensaba lo mismo. Y desde la primera escena comenzó a reír de tal modo, que antes de medio rollo yo hube de hacerle coro en la obscuridad, contagiado de una hilaridad terrible. Yo imagino que por los huecos de respiración del pequeño teatro debían salir al exterior, a borbotones, los estertores de risa que a aquel buen señor le causaba la película, y las carcajadas mayores aún, que me producía a mí la película y la ría de aquel desconocido. Posiblemente más de una vez el operador sacó la nariz por la ventanilla, para convencerse de que no estábamos locos; aunque después, sus carcajadas, coro de las nuestras, resonaban acompasadamente con el run-run del proyector.

Terminó la cinta de una manera tan rápida, que casi nuestra última explosión de risa se prolongó después de la última escena. Estábamos de tan buen humor, que la verdad fué que hasta el título de «Fin» nos produjo hilaridad. Encendiéndose la luz, se abrió la pequeña puerta hermética y me encontré de manos a boca con mi risueño compañero de platea. Era, simplemente, Buster Keaton...

Todavía riéndose se acercó a mí: —¿Le gustó la cinta? ¡Qué buen cómico es ese Buster! Y se alejó con una frescura infinita, como si se hubiera tratado de un simple espectador celebrando la obra cómica del famoso actor de la cara de palo.

Buster Keaton, el hombre que no ríe—por lo menos frente a la cámara—nació entre cómicos y creció, si puede llamarse crecer haber llegado a la estatura de chiquillo de colegio que posee hoy y para siempre. Su padre se llamaba Joe, y Myra la mamá.

Joe Keaton y su esposa fueron durante muy largos años actores de vaudeville. Comenzó el padre su carrera

teatral acompañando a Houdini, aquel hombrerito extraño, de ojos grises y transparentes, que se escapaba de las cárceles, que sacaba sus manos misteriosamente de las más apretadas «esposas» y que cruzaba paredes de hierro o de cristal. El pequeño Buster se desarrolló parado en las bambalinas de los costados del es-

dades que realizaban juntos, pasando a llamarse en los carteles de los teatros de feria — ya separados de Houdini — «Los tres Keatons». El mayor éxito de Buster era una pantomima durante la cual debía él permanecer todo el tiempo con un gesto impertérrito, sin reír, ni afligirse, ni asustarse. El éxito fué tan grande, que por la noche papá Joe le confesó a su hijo que tenía trazas de ser «mejor actor que él». Y recuerda Buster que tras la felicitación vino la zorra, porque el muchacho no se rió ni hizo gesto alguno, ni esbozó una sonrisa, ni dió las gracias por el cumplido de su padre. —¡Qué bruto eres! — le dijo aquél — te hago un gran elogio y no dices nada!

Y sólo entonces Buster se atrevió a preguntar a su padre: ¿Puedo hacer gestos una vez que termina la representación?

Porque él cuenta que estaba convencido de que de allí en adelante jamás debería usar su cara para expresión alguna. Y se hubiera quedado con su cara de palo, dentro y fuera de la escena, si el padre no lo convenció de que eso era sólo «cuando estaba en el escenario».

Pasaron los años. Vino la familia Buster a Hollywood y el pequeño muchacho comenzó a darse cuenta de que podía pensar, de que discurría algunas cosas y de que podía ganarse la vida solo, sin recibir tantas zurras paternales. Desde los amargos días del comienzo, cuando la señora Buster debía dejar a su bebé sobre un rincón de la lona del circo mientras iba a hacer piruetas en el trapecio, Buster era amigo de Fatty Arbuckle, el «Triptitas» inolvidable de la pantalla americana. Le encontró en Hollywood y le pidió una oportunidad. El gordo dió a su amigo una oportunidad, y ésta fué suficiente para probar que había en Buster Keaton pasta de actor de cine.

Y de allí, la carrera estelar del cómico que no ríe ha sido rápida y magnífica. Hoy día hace lo que quiere, filma los argumentos que le da la gana, elige su personal, sus compañeros y su director, y tiene su pequeño estudio propio donde hace sus cintas, entregándolas luego para su exhibición a diferentes empresas. En la actualidad Metro - Goldwyn - Mayer, distribuye sus películas, de una serie de cinco de las cuales una sola, «El Cameraman», ha sido hecha hasta hoy. Es casado con Natalie Talmadge, hermana de Norma, y si hemos de completar bien la biografía, no tiene hijos, explicando él la razón muy lindamente:

—Si los tuviera, les zurraría como mi padre a mí, de modo que hacen muy bien en no querer nacer los pobrecitos.

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 191)



BUSTER KEATON (PAMPLINAS)
(Por Manuel Moreno,
de Barcelona)

canario, viendo aparecer y desaparecer en un saco lacrado el cuerpo de su padre, viendo a su madre hacerse humo dentro de un bañi para mostrarse suspendida de un hilo en medio de la platea. Se pasó la niñez viendo cosas sensacionales y maravillosas, tanto que él mismo me explicaba su actual caracterización de hombre grave que no pestañea nunca:

—¡Cualquiera pestañeaba, a los ocho años, viendo pruebas de magia que daban escalofríos! Yo me pasaba mirando a Houdini hacer maravillas, y todo lo que veía era tan sensacional que las cosas comunes de la vida me parecían después insignificantes.

Cuando Buster tuvo una estatura «aceptable», papá Joe y mamá Myra lo incluyeron en un número de varie-

UN ASUNTO INTERESANTE

¿Los besos del "Cine" son de veras?

ALGUNAS OPINIONES INTERESADAS

—Se besa de verdad la gente del cine? Esta pregunta, tantas veces formulada, la contesta ampliamente, de esta forma, una revista norteamericana:

El beso — dice el colega trasatlántico — es cierto; los labios se juntan, se aprietan bajo las órdenes imperiosas del director y ante el tic-tac interminable de la cámara, pero por lo general, la opinión de los actores y actrices es siempre la misma. En el momento del beso, la preocupación de hacerlo bien, la voz del director, las luces, los ruidos, todo eso distrae de tal modo, que el beso mismo aun con todo el resto de pasión y de amor requerido, es apenas una maniobra automática, tan frívola como si en vez de unirse los labios se tocasen como los indígenas, las puntas de la nariz.

Por lo general, así lo declaran las mujeres. Algunos hombres suelen decirlo, pero otros guían un ojo alegrementemente, y como Rod la Rocque, contestan con gracia: Hay tantas ocasiones en que uno debe luchar, huir, tirarse al mar, estrallarse y mil tonterías más, que por lo menos es justo que alguna vez tengamos una retribución en un beso bien dado. Y existen otros actores que aprovechan muy bien la ocasión con la complicidad la actriz. A este respecto, cuéntase que una tarde, durante la filmación «Burning Daylight» en los talleres de First National, el director Charles Bravin ordenó un beso «ca-luroso» entre Milton Sills y Doris Kenyon; qué, dicho sea de paso, son marido y mujer.

El director les explicó claramente: Yo quiero que se den un beso corto, sin mucho afecto, nervioso... Comenzó la escena, se juntaron las bocas, comenzaron a correr los pies de celuloide y el director, tampoco escuchada. Mr. Bravin ordenó parar a la cámara, y dirigiéndose a la pareja que sólo en aquel momento decidía separarse, les dijo alegrementemente: Bueno, como demostración conyugal, me han convencido ustedes, pero para otra háganme el favor de hacerse el amor en casa antes de llegar al taller.

Hay muchos casos curiosos y cómicos, otros trágicos. Entre los primeros se registró uno que hizo historia en un decorado de Paramount. Clara Bow se besaba furiosamente con Richard Arlen. El beso era, por orden del director, largo y apretado, un beso que casi podría llamarse «dental». En un momento dado, William Wellman, que empuñaba el meg. fono, or-

denó a ambos separarse lentamente. Y lo hicieron, con gesos apasionados, mirándose lánguidamente en los ojos. La escena iba a ser buena. Pero de pronto resuena por todo el decorado una sonora carcajada. ¿Qué ocurría? Poca cosa: que el chicle que Richard tenía en su boca en el momento del beso, se había adherido a los dientes de Clara, estirándose pegajosamente al separarse ambos y dejándolos unidos por un hilo curvo y pintoresco. El chasco causó muchos comentarios y desde entonces Clara Bow, cuando se acerca a un actor para besarse, le pregunta con gran seriedad: ¿Tiene chicle en la boca?

Por otra parte hay casos trágicos. No siempre la pareja que el director reúne para una película simpatiza tanto como el tema lo exige. Hay veces en que, simplemente, se odian con la mayor franqueza, o bien se detestan lo suficiente para sufrir ambos la amargura de tener que besarse por orden del director. Se cuenta de una famosa actriz que hace tres meses llegaba por las tardes a su casa pidiendo sus frascos de esencias. Ese galán que Dios confundió — decía indignada — tiene la mala costumbre de comer cebollas en el «lunch». ¡Y jamás me ha tocado una película en que debamos besarnos! Entretanto, el esposo, impertérrito, evaluaba en la balanza interior de su dignidad, qué era lo más grave; ¿que besasen a su mujer con los labios encebollados, o que dejase ella — ¡y él! — de recibir un lindo cheque semanal de mil quinientos dólares?

Hay besos cinescos que han solido tener muchas consecuencias. Y si no, allí está el caso de Norma Talmadge, cuya vida actual, sobre la pantalla y fuera de ella, es como una prolongación de las escenas de «La Dama de las Camelias». Y para nadie es un secreto la pasión violenta de ella y Gilbert Roland, a tal punto que cuando se filmaban las escenas de «La mujer disputada», cuentan las malas lenguas, de que antes de comenzar cada trozo amoroso, el director Henry Bing les llamaba aparte diciéndoles con el más suave de los tonos: Por favor, háganme caso cuando les dé orden de separarse. Pero las escenas amorosas de esa cinta, batieron los records de verismo. Lo que viene a probar fehacientemente que no hay actor que pueda superar a la realidad. Norma y Gilbert Roland han esculpido, no en piedra, que es anti-cuado, sino en celuloide, que es más moderno, y a través de tres peli-cu-

las en que actuaron juntos, la historia completa de la pasión amorosa que los domina.

El cine ha clasificado el beso. Lo ha catalogado; le ha dado un sin fin de motivos, y su duración se cuenta por segundos y hasta minutos con la exactitud de un cronómetro. Hay besos inocentes, besos castizos y otros apasionados. Besos fraternales y paternales. Besos de agradecimiento y otros que se dan y se reciben como un deber penoso y desagradable, pero que hay que cumplir. Acerca de la duración de algunos besos, un empresario tiene sobre esto ideas definitivas: Un beso de menos de ocho pies de película no tiene importancia, cuando el beso es entre amantes. Pero un beso de treinta pies de celuloide y colocado al final de una escena amorosa, le da gran valor a la cinta.

Hay una infinidad de tipos de besos. El de eJan Hersholt a Nancy Carroll en «La Rosa de Irlanda», es un beso casto, un beso de vieja a la muchacha que va a ser nuera. Sin embargo, a lo mejor, Jean Hersholt piensa en aquel momento con envidia en el beso que Charles Rogers le dará a Nancy en plena boca un momento después en la escena siguiente. Otro beso que es falso, por los motivos que lo impiden es el que un hombre de edad da a su mujer fea y cincuentona. Es el beso del marido que quiere salir aquella noche y emplea ese medio para sonsacar el codiciado permiso de su cara mitad. Al ver a ese viejo besando a su costilla, entrada en carnes y ajamonada, casi puede uno imaginarse que en aquel momento la esposa le va a pegar un bofetón y le dirá en tono brutal:

—Esta noche te quedas en casa conmigo.

Una de las situaciones que más gustan a los jóvenes y muchachas románticos, es los besos «que van a ser». Es aquel momento en que los amantes, cara a cara, se preparan a besarse con los labios apenas a una o dos pulgadas aparte. Esa anticipación es a veces más deliciosa que el mismo beso y los directores saben el valor que posee y le sacan el mejor partido posible. A esta categoría pertenece la escena en que aparecen Fay Wray y Gary Cooper, en la cinta llamada «El Primer Beso». Pero para que el lector se convenza de que después de todo, casi siempre los besos de celuloide son falsos, conviene apuntar que el mismo día que se tomó esa fotografía, Fay se casaba, estando filmando esa película,

pero no con Gary Cooper, sino con John Monk Saunders, escritor de escenarios de Paramount. A esta serie de los besos anticipados, pertenece también la escena de Richard Dix y Ruth Elder — la aviadora que «casi» cruzó el Atlántico — en «Moran of the Marines». Ah el beso está aún un poco más lejos, pero viene, más o menos a la misma distancia a que Ruth cayó al agua volando hacia Europa.

Y ahora comenzamos a besarnos. El más casto de todos es el de Paúl Vincenti — el hombre que se parece tanto a Valentino, y Lia Torn, en «La Mujer del Velo», película de Fox. El beso es leve, en la frente, con la vista perdida en la distancia. Como la escena es, por lo demás, bastante «pedestre» debido a la malhadada idea del director de hacer que Paul se lavase los pies — los tendría sucios: — es muy difícil saber si el actor besa a la muchacha por sincero amor, o simplemente para darle las gracias por lo bien que se los jabonó.

Richard Barthelmess y Dorothy Revier dan posiblemente la mejor sensación de pureza que pueda obtenerse de un beso cinesco. Ella cierra los ojos — pero con inocencia, sin sensualidad — y él la besa junto a la boca. El cuidado que pone para hacerlo, no es simplemente por amor, sino para no echarle a perder el maquillaje de los labios.

Más adelante podemos ver a Charles Rogers y a Mary Brian. Esta vez Charles, que era hace dos años un niño incapaz de romper un huevo, se lanza con furia contra las mejillas de Mary, no sonrosadas, sino amarillas con la pintura cinesca. Pero «Buddy» no tiene miedo a la pasta, y el beso está dado con ganas. No cabe duda, sin embargo, de que le faltan años al simpático muchacho, antes de que pueda besar «maestramente».

A mitad de camino debemos intercalar un beso extraño; el de una mujer apasionada, a un hombre que no le hace mucho caso. Ella es Helena de Troya moderna—María Korda en su vida privada — aunque también fué privada la vida de Helena de Troya, de donde es tomada esta escena. El es Lewis Stone, hombre maduro que ha besado sobre la pantalla muchas muchachas jóvenes. En esta fotografía lo que tiene más gracia es el gesto indefinible del actor. ¿Por qué? Nosotros conocemos muy bien la razón, caro lector: el que dirigía la escena osculatoria era el esposo de María, Alexander Korda, y Stone no las tenía todas consigo al ver los ojos que el esposo ponía ante la escena.

Esta otra pose de Gilda Gray y Clive Brook en «The Devil Dancers», no es anterior al beso sino posterior. Los ojos entreabiertos y soñadores de Gilda parecen referirse, con emoción al gusto a rosas que debe haber tenido el beso que acaba de darle Clive. Pero como la célebre bailarina es una mujer apasionada y siempre llena de expresiones semejantes, no hay que creer mucho. En el restau-

rant Montmartre la hemos visto haciendo el mismo gesto de satisfacción apasionada después de probar la primer cucharada de una sopa de camarones.

Tenemos ahora una pose matrimonial dentro y fuera de la escena. Se refiere a «La Vida Privada» de Adolphe Menjou y Kathryn Carver, película de Paramount, y también po-

Como caso anecdótico tenemos ahora un beso furtivo: Charles Morton a Nancy Drexel, de Fox. Es a escape, entre gentes jóvenes, antes de que los pillen, con las bocas torcidas como si el director no hubiera intervenido. Total: un beso malísimo.

Llegamos ahora al beso más espectacular de nuestra serie. Es un beso artístico no muy real que digamos, un beso que de tener la escena movimiento, continuaría subiendo. Nos referimos al beso de John Barrymore a Camilla Horn en «Tempestad». Es un beso respetuoso, con su mucho de pasión. ¡Cómo quemal! — parece decir ella. Es lo que podríamos llamar el beso «escalera», pues no cabe duda de que el siempre juvenil John siguió subiendo por el hombro y el cuello hasta el «depósito» general de besos de toda mujer.

Otro «beso escalera» tenemos a la vista: Billie Dove y Donald Reed en «The Night Watch», de First National. Eso sí que aquí el viaje va a ser más largo y complicado, porque Donald comenzó besando el traje de Billie a la altura del pecho, y porque Billie tampoco parece muy dispuesta a permitir los avances del galán.

Luego tenemos la pasión tranquila y casi respetuosa con que Lina Basquette besa a George Duryea en «La Atea». Es un beso tranquilo, cuyo valor reside en que la mujer lo da y el muchacho lo recibe tan fresco, como acostumbrado a tales demostraciones bucales. Lo pusimos ahí para intercalar — como los directores en el cine — para dar tiempo a la escena siguiente.

Llegamos ahora a un beso de esos que no dejan lugar a dudas. Un beso que bien podríamos clasificar como brutal. Beso de soldado (Milton Sills) a la novia (Molly O'Day) que deja al irse al combate. Los labios parecen chupar y casi se puede decir que la está mordiendo.

Y eso es todo. La emoción y la pasión de los besos de cine, es cuestión del director, salvo cuando los intérpretes tienen motivos personales para sentirse apasionados. En este sentido recordamos un caso que tuvo consecuencias inesperadas. Hace años, el director Leonard dirigía a su esposa — Mae Murray — y no podía obtener que su primer galán besara a Mae — su esposa — tal como la escena lo requería. Nervioso, llamó a un muchacho rubio de buena presencia, que trabajaba de comparsa como «invitado» en la escena de una fiesta. ¿Sabe usted besar?, le preguntó Leonard, a lo que el muchacho se rió misteriosamente y le guiñó el ojo. Pues demuéstrele usted a este señor cómo se debe besar a una dama.

El muchacho lo hizo tan bien y con gusto por parte de Mae, que un año después, no era ella la esposa de Leonard, el director, sino del comparsa, el príncipe M'Divani, el joven rubio que demostrara su experiencia en el beso, de una manera tan satisfactoria.

DE NUESTRO CONCURSO

(Núm. 192)



TOM MOORE

(Por Martín Corominas, de Barcelona)

dría referirse a la vida privada de ambos actores — marido y mujer — a cualquier hora del día en su casa española de Beverly Hills. La rubia mira demasiado lejos, mientras el marido le besa la mano; el marido besa pensando lejos también, como escudriñando. ¿Habrá celos de por medio? A lo mejor ese beso no tiene más objeto, de parte de él, que advertir si en la mano hay el olor al tabaco inglés o ruso que fuma el posible rival.

Llegamos ahora a otro beso femenino. Alice White pesca a Jack Mulhall por el cuello y lo besa con cuidado realmente encantador. No es muy expresivo el beso, pero no está mal. Por lo menos, los labios de Alice son muy buenos, y como los ojos, que no es lo mejor que posee permanecen cerrados, el conjunto está bien. Sin embargo, Jack no está satisfecho. Bien es cierto que en la pantalla ha besado el cosas mejores.

JVEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Gráfico

Num 102
Febrero
21 ~ 1929



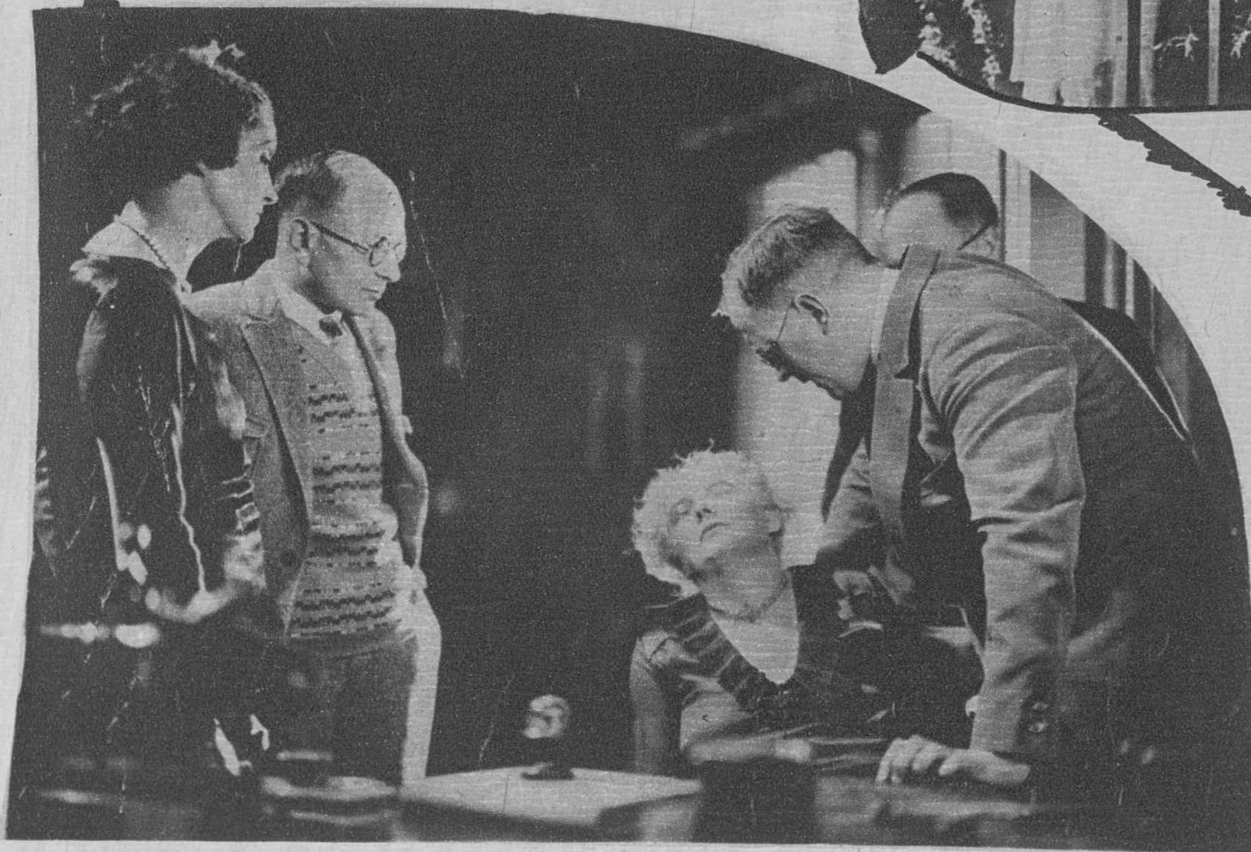
JOAN CRAWFORD, ESTRELLA DE LA METRO GOLDWYN MAYER, SENTADA AL PIANO, EN SU BELLA MANSION DE HOLLYWOOD



LYA MARA, LA BELLA ESTRELLA ALEMANA, CON ALFRED ABEL, EL NOTABLE ACTOR, EN UNA ESCENA DE «MI CORAZON EN UN JAZZ-BAND», SU ÚTIMA CREACION



LEE PARRY, SORPRENDIDA POR EL OBJETIVO, EN SU VIAJE A EGIPTO



UNA CREACION HACER DE SU DIFICIL PAPEL, ERNA MORENA—CON JAYO FURTH Y GUNTHER GEFFERS—, EN LA BONITA PELICULA «SONAMBULA»



INTERESANTES ESCENAS DE «LA TRAGEDIA DE RUSIA», DE SELECCIONES GAUMOT DIAMANTE AZUL.



LA BELLISIMA JENNY YUGO, DE LA UFA, RECIBE, A JUZGAR POR LA SATISFACCION QUE EN SU ROSTRO SE REFLEJA, MUY AGRA- DABLES NOTI- CIAS



UNA DE LAS MULTIPLES APTITUDES DEL PERRO - ACTOR, QUE TANTOS ADMIRADORES TIENE



LA TRAGICA ELISA RACHEL, CON PAUL LUKAS, EN UN FILM IMPRESIONADO BAJO LA DIRECCION DE POLA NECRI



Damita
6-17-6x

LILY DAMITA, LA ARTISTA PREFERIDA DE LOS PUBLICOS, LUCIENDO SU MAS RECIENTE TOILETTE



EL FILM «CARMEN», POR CHARLOT, BATE EL RECORD DEL HUMORISMO. HE AQUI UNA DE SUS MAS COMICAS ESCENAS



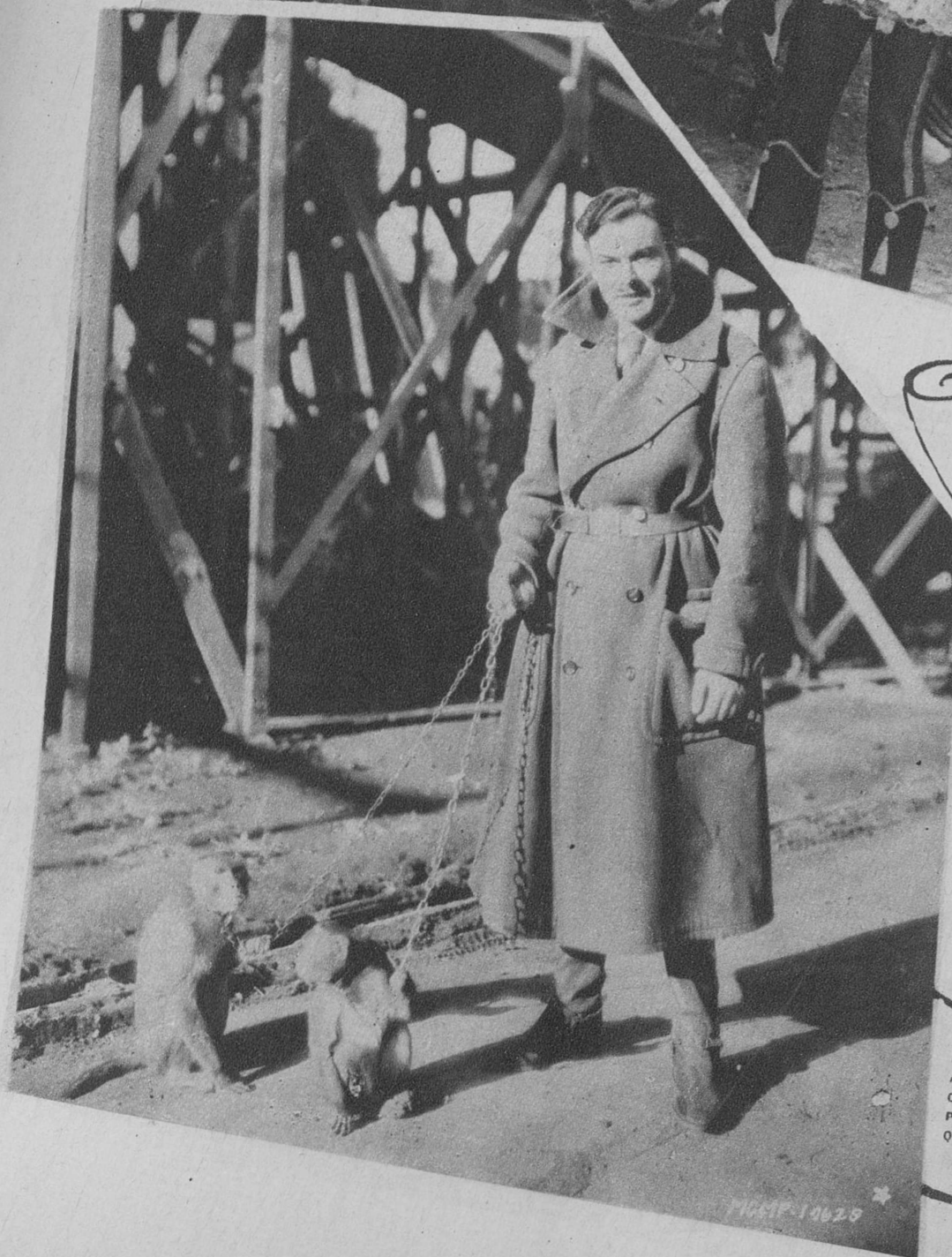
EVELYNE HOLT, EN EL FILM POLICIACO «EL HOMBRE DE LANFROSCH», DE LA U. F. A., HACE UNA CREACION DE SU DIFICIL PAPEL



GRUPO DE ASISTENTES AL FESTIVAL ANUAL ORGANIZADO POR EL PERSONAL DE «PARAMOUNT FILMS, S. A.», CELEBRADO EN EL ARISTOCRATICO SALON DE UNO DE NUESTROS MEJORES HOTELES, Y AL CUAL ASISTIERON LINDISIMAS SEÑORITAS DE LA BUENA SOCIEDAD BARCELONESA



RUTH TAYLOR, JUNTO AL HOGAR APAGADO, DEMUESTRA NO TEMERLE MUCHO AL FRIO



LA CONDESA RINA DE LIGNORO,
EN LA BELLA CINTA «EL CORREO
DE NAPOLEON», DE SELECCIONES
GAUMONT DIAMANTE AZUL

NILA ASTHOR, EL FAMOSO
ACTOR SUECO DE LA METRO
GOLDWYN MAYER, SALE DE
PASEO CON DOS «EXTRAS»
QUE APARECIERON EN SU
MAS RECIENTE PELICULA

ROBERT ARMSTRONG, FAMOSO AS
DE LA PATHE S. C. QUE APAR-
RECERA EN PROXIMAS E IMPOR-
TANTES PRODUCCIONES

EN «ROSA DE CALIFORNIA», EL BELLO FILM SELEC-
CIONES GRAN LUXOR VERDAGUER, LUIS ALONSO Y
MARY ASTOR CONSIGUEN ENVIDIABLES TRIUNFOS



HABLANDO CON LEON BARY

La máscara de hierro y su amigo Athos

Acabo de pasar una larga temporada en Cinelandia—dice Leon Bary—. Desde el mes de junio que partí para Hollywood hasta ahora, he permanecido en esa ciudad. No es esta la primera vez que he estado en ella. Mi primer viaje se remonta a 1911 con ocasión de las tournées teatrales de Sarah Bernhardt; el segundo en 1915. Como quedara inútil a causa de las heridas recibidas en el campo de batalla, partí para Los Angeles, donde por espacio de cuatro años trabajé continuamente, rodando en más de cincuenta films, entre los que se cuentan: «Ravengar», «César, caballo salvaje» y «Los tres mosqueteros», de Douglas Fairbanks. En este último personificaba a Athos. Después de lo cual volví a trabajar a Francia.

En marzo último—sigue diciendo— recibí un cablegrama de Douglas diciéndome que en el caso de que estuviera libre tres meses, me pusiera a su disposición. Cuando vino a París, le hice una visita en el Crillon y durante el curso de una cordial comida me pidió que personificara una vez más a Athos en el film que entonces preparaba. Douglas es un hombre encantador; rodar con él y volver a California eran cosas que me encantaban; por lo tanto, acepté su proposición sin vacilar. Como Douglas tuviese mucho interés por conocer a un historiador que supiera bien los hechos del siglo XVII, le presenté a Maurice Leloir, que fué contratado inmediatamente para la reconstitución del decorado y los trajes. Gran alegría me causó, volver a encontrar en Hollywood a todos mis antiguos camaradas, que no me habían olvidado y, en la estación de Pasadena, el jovial Douglas, su hermano Bol y la encantadora Mary, nos dispensaron

en aquella época reconocido como uno de los mejores cómicos de los Estados Unidos. Se fijó en el trabajo del pequeño Jackie Coogan y escribió un argumento para él titulado «The Kid». Encontró un perro vagabundo y el resultado de este encuentro, fué el film «Vida de perro». Uno de sus amigos le contó una serie de truculencias sus aventuras en París, y una vez en su casa, hizo un escenario sobre lo oído y contado, que titulé, «La mujer de París».

Nuestra madre no sentía un gran gusto por el cine, y casi aseguraría que no ha visto la mitad de las películas que Charlie y yo hemos producido. Hubiera preferido de todo co-

una entusiasta atórida. Me tenían reservada una hermosa habitación, así como otra para Lenoir. Este último se puso a trabajar inmediatamente en sus decoraciones y mientras dibujaba sus modelos, yo me dedicaba diariamente con Douglas a un metódico entrenamiento deportivo.

«La máscara de hierro» es un film pletórico de vida y movimiento, como todos los de Douglas. En dicho film se encuentran los personajes principales de «Los tres mosqueteros»: Artagnan, Mme. Bonacieux, Milady y el cardenal de Richelieu. También se ve en esta película a Luis XIII, Luis XIV, primero de niño, luego a los veinte años, y a su hermano, el hombre de la máscara de hierro.

D'Artagnan corre a cargo de Douglas; la máscara de hierro está personificada por William Blackwell, que también encarna a Luis XIV a la edad de veinte años, y el cardenal Richelieu muy bien representado por Miguel de Bruller. Los tres papeles más importantes femeninos los desempeñan, Marguerite de la Motte, Belle Benett y Dorothy River, que son respectivamente Mme. Bonacieux, la reina y Milady. En cuanto a mí, me han dado para encarnar el papel de Athos. Lo que más me ha impresionado, es volverme a encontrar en los Estudios americanos y volver a ver su maravillosa organización. Todos los días, en punto de las doce, se nos proyectaban todos los trozos de la película rodados el día anterior y si las escenas tenían algún lunar, se volvía a empezar. Y esta manera de operar no es sólo Douglas el que la ejecuta, sino que los otros Estudios tienen también esta costumbre algo costosa, pero indiscutiblemente buena y que permite presentar las obras con el máximun de perfección.

razón, vernos en la escena, donde ella tantos triunfos había conseguido. También acostumbraba a decir que Charlie poseía grandes dotes de actor dramático, pareciéndole, si no mal, tampoco bien, todos los trucos y comicidades. En cuanto a mi hermano, es de una naturaleza extraña, excesivamente soñador, es como un muchacho que jamás creyera y al que hubiera que prodigarle los «azotes» de cuando en cuando. Este es el motivo, a mi manera de ver, por el que Charlie no ha encontrado la felicidad en el matrimonio. Necesita una mujer que le «azote», que le dé unas «zuras» como lo haría una madre: pero el amor es una pro-

—¿Y Doug?

—Siempre el mismo. En cuanto los operadores y cameramen, acababan su trabajo, ya lo tenía usted dispuesto a bromear. Con él no es posible estar triste ni aburrirse. Por la tarde, una vez filmadas las últimas escenas, nos llevaba a todos a una pieza a la que él había bautizado con el nombre de «la basilica» en la que habían una endiablada calefacción. Una vez allí, jugábamos al tennis y cuando estábamos empapados en sudor nos hacía meter en la piscina del Estudio. Para vivir al lado de este hombre, es preciso ser un verdadero amante de los deportes.

—¿La máscara de hierro, será un film parlante?

No. Es muy posible que haya al principio, una corta escena durante la cual, Douglas pronunciará un corto discurso, pero el resto será mudo. Además, debo indicarle que la mayoría de los artistas de Hollywood son adversarios del film parlante. Charlie Chaplin, que acaba de empezar «Las luces de la ciudad» consagra en este film, un corto pasaje en el que se burla de las «talkies».

—¿Y Chevalier?

—Le he visto en Hollywood algunos días antes de mi partida. Ahora está contentísimo. Los incidentes que retardaron la realización de «Los inocentes de París» han sido salvados, por fin y en este momento rueda cada día bajo la dirección de Victor Sertzing.

—¿Volverá usted allá?

—Es muy posible! Cuando se conoce Hollywood es muy difícil permanecer mucho tiempo alejado de él. Se sienten añoranzas y sin saber cómo, uno vuelve.

G. FRONVAL

posición, cuya solución se encuentra en el sentimiento más que en la razón.

A Charlie no le gusta la excesiva sociedad, es decir, una sociedad en gran escala. Ama la popularidad que tiene, a condición de que no sea demasiado demostrativa. Ama también a sus amigos, a cuya amistad rinde verdadero culto; pero, no obstante, cuando invita, lo hace en grupos de seis, cuando más, porque prefiere la conversación íntima al ruido y al bullicio de la multitud, en medio de la cual se pierde la personalidad, según él mismo dice. Su mayor satisfacción consiste en poner en contacto su espíritu con otro, si puede ser, similar.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

LA GRAN PASION

Jean Espoey, un sólido muchacho del Pirineo, un valiente montañés, robusto y bien plantado que no temía a nadie ni a nada y que, habituado en continua hostilidad con la naturaleza sabía apreciar el esfuerzo.

Un día en que se había aventurado por los riscos en busca de gamuzas, oyó unos gritos desgarradores, demandando socorro, que provenían de un torrente cuyas turbulentas aguas se precipitaban con orisano fragor entre puntiagudas rocas.

Fuése nuestro hombre hacia el lugar de donde salían las voces y pronto distinguió a una joven inglesa, que en el transcurso de una excursión, había querido atravesar el torrente saltando de roca en roca, resbalándose en una de ellas y corriendo inminente peligro de ser arrastrada por la impetuosa corriente.

Dicha joven había confiado demasiado sus fuerzas y ahora se encontraba en medio del torrente, en equilibrio sobre una piedra movediza que amenazaba arrastrarla con ella hacia el profundo abismo que a poca distancia se abría.

Un falso movimiento y la muerte era segura.

Agil como un gato y fuerte como un roble, con un sin fin de precauciones, Espoey sacó a la joven de su peligrosa situación.

—¿Cómo podré pagarle su generoso rasgo? Lo que usted ha hecho por mí es una acción meritísima, de las que jamás se olvidan—exclamó Mary.

—¡Oh, cálese, señorita! Lo que yo he hecho no tiene importancia y si algo he arriesgado, cónstele que ha sido con mucho gusto, ya que me ha sido permitido, de esta manera, ser útil a una criatura tan encantadora como usted.

Mary Busch se puso como una amapola ante la gentil galantería de aquel muchacho franco, de grandes ojos claros que la miraban con admiración.

—¿Le volveré a ver algún día?

—¡Oh, no es muy difícil, que digamos, eso! Mañana hay un gran match de futbol en el pueblecito que se ve allá abajo, lejos; pues, bien; yo soy el capitán del equipo; si le

interesa ese deporte, seguramente presenciara un buen partido.

—Iré a aplaudirle—prometió Mary.

Al día siguiente, como un capitán de gran clase, Espoey organizaba su equipo. Pero en el mundo no se puede contentar a todos; por eso se cap-

entusiasmados y felicitaron cordialmente al joven montañés.

Había, entre los espectadores, una mujer extraña, una aventurera de cuidado, Sonia de Blick, que había observado con interés al joven atleta.

Había maniobrado de forma, que la presentaran al joven Espoey, cosa que logró así como impresionar fuertemente al jugador, gracias al encanto de su mirada.

Espoey continuaba su carrera deportiva y sus grandes dotes de jugador de futbol rugby le valían ininterrumpidos éxitos.

Ahora se hallaba en Toulouse, donde acaba de alcanzar una brillante victoria, y se preparaba febrilmente para jugar el campeonato de Francia.

Para él, lo de menos era el triunfo; lo que le entusiasmaba, lo que le enardecía, eran las valientes escapadas con el balón, las terribles acometidas de los contrarios, las esquivas para burlarlos... es decir practicaba el deporte por el deporte.

Un día, al finalizar un partido ásperamente disputado, le entregaron una carta.

Sonia de Blick, aquella peligrosa amiga, habíale reconocido entre los jugadores y le proponía conducirle en su compañía a Biarritz.

Espoey estuvo largo rato dando vueltas entre sus dedos al perfumado sobre; y momento hubo en que estuvo a punto de ceder a la invitación. Pero sus camaradas le llamaron; el deporte había triunfado una vez más; él escuchando aquella llamada, les siguió.

En el match Francia-Escocia, celebrado poco tiempo después, Espoey tuvo que admitir en su equipo a Ratifat, con objeto de suplir a un jugador. Esta era la ocasión que esperaba el rencoroso montañés para vengarse.

En el transcurso del partido y gracias a una zancadilla hizo caer a Espoey que se causó una extensa luxación en la espalda. Pero el árbitro y buena parte de espectadores habían sido testigos de la traición; Ratifat tuvo que salir del campo silbado y abucheado por todos, siendo descalificado para siempre.

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 189)



DOUGLAS FAIRBANKS
(por José Domínguez Lagarriga,
de Barcelona)

tó la animadversión de un jugador, relegado a segundo término y sustituido por otro más hábil.

Se celebró el match y Espoey y los suyos tuvieron ocasión de saborear una espléndida victoria.

Mary, que había cumplido su promesa, y su hermano Patrick, estaban

Sin embargo, Espoey, no obstante su lesión, habíase alinado nuevamente haciendo de tripas corazón.

El equipo francés jugaba ahora en un plano de inferioridad con respecto a su rival; trece a quince marcaba el contador, y hacía prodigios inauditos para salvar su meta. Más la resistencia era más débil cada vez. Espoey, que aún no repuesto del golpe, seguía con la vista a sus queridos compañeros. No pudiendo aguantarse más, hizo un esfuerzo sobrehumano, irguióse y entró en juego, decidiendo con su magnífica intervención, que su equipo obtuviera una aplastante victoria sobre el equipo contrario.

Sacaron en hombros a Espoey y, como siempre, Sonia se encontraba en el campo. Aproximóse al vencedor lo encantó con su mirar brujo y, esta vez, el amor fué más poderoso, triunfó. Condujo con ella al vencedor y el equipo, abandonado por su capitán volvió triste y taciturno a sus lares, a sus queridas montañas natales.

Espoey, ahora, dejaba deslizar su vida en París, al lado de Sonia, en un estado de inconsciencia y lujosa pereza.

¿El deporte? No lo conocía más que por los periódicos. Pero, un día, la derrota de su equipo la sintió en su cara como un latigazo.

—Ya ves—dijole a Sonia tendiéndole el periódico—, se han dejado ganar, ¿y por quién? ¡por principiantes! ¡Me voy... ya sabrás de mí...

Espoey empezó por entrenarse duramente; la gran pasión deportiva había vuelto a dominarle por completo.

Fuése a Saint Moritz a entrenarse en los deportes de invierno y pronto vió con placer que recobraba su antigua forma. Al cabo de algún tiempo, tuvo un encuentro en las pendientes nevadas, que le sorprendió agradablemente: era Mary, que con otras muchas deportistas había venido a Saint Moritz a disputar el campeonato de skeleton.

Pero Sonia, que había seguido a Espoey, supo, con despecho, sintiendo herido su amor propio, los frecuentes encuentros de Espoey con Mary. No dándose por vencida, combinó con ayuda del inconsciente Ratifat, un plan maquiavélico destinado a separar para siempre a Espoey de Mary. Esto no tuvo otro resultado que arrojar a uno en brazos del otro más de prisa. Espoey comprendió por fin todo el afecto sincero y todo el amor que para él solo encerraba el alma immaculada de Mary. Gracias al deporte, abrió los ojos a la realidad y vió claro, y, últimamente, seducido por la gracia pura y leal de la joven, le pidió su mano.

Y los viajes deportivos de Espoey, que llegó a ser un gran internacional, fueron, para la joven pareja, otros tantos viajes de boda.

EN EL ESTUDIO

Una "estrella" española en un patio español

Apenas he dado unos cuantos pasos en el inmenso edificio del estudio de Joinville cuando me encuentro de manos a boca ante una reja de hierro forjado, con arabescos complicados.

Tras esta reja hay un jardín delicioso, cuajado de plantas verdes y rboles emanos, y de vastas y bien cuidadas alamedas. Unos escalones conducen a la entrada de una casa española, cuyo decorado morisco, ocre y rosa, flamea bajo los rayos de un sol artificial. Un surtidor lanza con furia su chorro de agua al cielo para volver luego a caer en una taza de aguas claras, cristalinas...

En ese rincón de ensueño, en ese trozo de paraíso, vemos a una joven-

atravesar el jardín! ¡Va a paso de tortuga!.

Conchita vuelve a empezar la escena. Trepa al borde de la fuente, mete los dedos en el agua y juguetea con la rosa que lleva prendida de sus cabellos...

—Adopte usted un aire retador, provocativo, Conchita — ordena el «metteur en scène».

Nada más fácil. Colócase con una mano sobre la cadera, erguida, y echa su cabeza hacia atrás, con fiereza. Una mirada brillante y aguda, como un puñal, se desliza entre las largas pestañas y sus carminosos labios dibujan un precioso mohín de desafío... ¡Ah! de qué poca tranquilidad gozaron los hombres a quienes Conchita dirija esa inquietante sonrisa...

Le quita la máquina de tomar vistas, es decir la cámara, mientras en la vecindad se oyen una serie de martillazos a prueba de tímpanos. El culpable de todo aquel estrépito, no es otro que nuestro dilecto amigo Henri Roussel, que, al lado del patio de Conchita, está dirigiendo el montaje de un decorado para el film «Paris Girls».

...Algunos minutos de descanso. Se apagan los «sunlights» y la sombra desciende sobre el jardín encantado. Me reuno con M. de Baroncelli.

—¿Está usted contento de Conchita? — le pregunto.

—Encantado. ¿Sabe usted que había renunciado, por falta de interés que me agradara a rodar «La femme et le pantin»? Pues bien: he encontrado a esta joven y ella será la protagonista. Ella es exactamente lo que yo buscaba; reúne todas las condiciones que se requieren: una adolescente a la vez infantil, perversa, caprichosa...

Hablamos luego del libro de Pierre Louys, del que está sacado el film.

—¿Le parece un trabajo poco peligroso el hacer un film basándose en un asunto tan delicado?

—¡Bah, así, así! A mí me gustan las dificultades porque una vez salvadas se saborea la victoria con más deleite, confiesa M. de Baroncelli. He tenido que introducir algunas modificaciones de detalle en la intriga de la novela. Empero, mi film permanecerá fiel, según creo, al espíritu de la obra de Pierre Louys...

El «metteur en scène» se aleja para volver a su trabajo, mientras que los obreros de M. Roussel arman un «jazz band» infernal en su, al parecer, inacabable faena de clavar clavos y más clavos...

C. DORE

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 190)



DOLORES DEL RÍO
(Por Fanny Plá Gibert,
de Barcelona)

cita adorable. Indolente y maliciosa, inclinase hacia la fuente, buscando en el agua el reflejo de su rostro. Es Conchita Montenegro, la gentil y novel «vedette» de film que rueda «M. de Baroncelli», adaptación de una novela de Pierre Louys.

Conchita nada en la abundancia: única preocupación es ver su bella imagen reflejada en el agua. Esta casa y ese jardín son de ella. También le pertenece aquel portero uniformado y galoneado que acaba de cerrar las verjas. También le pertenecen aquellos fastuosos trajes de terciopelo negro, que tan bien le sientan, con sus grandes descotes que le permiten lucir sus morbideces...

Lentamente, con paso leve y mesurado, baja Conchita los peldaños del patio y avanza por el jardín. M. de Baroncelli se impacienta.

—Más deprisa, Conchita, más deprisa! ¡Le cuesta a usted un siglo

LA INFANCIA DE LOS ASTROS

Cuando Charlie y yo éramos pequeños

por SYDNEY CHAPLIN

Muchas veces me han preguntado si no resultaba un papel difícil de desempeñar, el ser hermano de una celebridad como Charlie Chaplin. La pregunta me parece que nace de un falso concepto. Siempre he estado en inmejorables relaciones con mi hermano y muy orgulloso de sus éxitos, que me halagan tanto como los propios, así como él ha experimentado idéntica sensación respecto a los de mi persona. La celebridad de que tan justamente goza, no ha sido causa para enturbiar nuestro cariño fraternal. De niños hemos jugado con los mismos juguetes; adultos, hemos comenzado a la vez nuestra carrera teatral. Me he esforzado siempre en ayudar a Charlie, pero no intentaré decir, ni siquiera pensar y menos hacer creer, que es a mí a quien debe su éxito. Charlie es un gran artista y hubiera llegado sin mí a conseguir su objetivo, a las cumbres más altas de la Fama; mucho más, si se tiene en cuenta que no debe sus éxitos ni a protecciones ni a influencias, ni a la suerte, sino sencillamente a su talento.

Tanto mi hermano como yo, somos artistas de nacimiento. Nuestros padres eran actores. Nuestra madre trabajaba en pantomimas y era la artista más maravillosa que yo he visto en mi vida. Un amigo, llegado recientemente de Hollywood, me relata una reunión que tuvo lugar en casa de Charlie con ocasión del aniversario de su nacimiento y me contaba que mi madre, a pesar de su edad, fué la más alegre de la reunión; cantó, bailó, en fin, se divirtió como una muchacha, dejando maravillados a cuantos la vieron. No se podía poner en duda que aquella era la madre de Charlie.

Casi no sería exagerado manifestarles a ustedes que yo nací en la escena y Charlie tendría de cinco a seis meses cuando hizo su aparición en ella por primera vez. Mi madre hacía un papel que requería salir con un niño en brazos. Charlie era el bebé, y puso de su parte cuanto pudo para que la escena tuviera un realismo feroz, ya que al verse tan extrañado empezó a berrear de una manera lamentable y con una voz que para sí querían muchos «divos».

Nuestros comienzos en la carrera teatral se hicieron juntos, en una picecita titulada «Sherlock Holmes». Excuso decir, que nuestro orgullo no tenía límites al poder llamarnos actores; más tarde, siempre juntos, formamos parte de la gran Compañía de mimodrama de Karso. Aquello constituía un entrenamiento excelente. Casi todos los días teníamos un nuevo papel para desempeñar y muchas veces habiéndolo ensayado una sola

vez, de modo que las ocasiones de perfeccionar nuestro arte no nos faltaban. Teníamos que desempeñar papeles de todos los géneos imaginables. Poco a poco, nos fuimos dando cuenta de que Charlie tenía el don de imitar con mucha perfección a todos los actores ingleses célebres: Irving, Tree, Harvey... Y no es que hiciera la caricatura, sino que reproducía con gran acierto, obteniendo un triunfo cada vez, las escenas de las obras que más éxito habían alcanzado. Yo siempre fuí del parecer de que Charlie erró la carrera y que tenía más condiciones de actor dramático que de cómico.

Volviendo otra vez a los días venturosos de nuestra infancia, quiero hablar del teatro que montamos en el corral de nuestra casa y que constituía una atracción para los chiquillos de la vecindad. El mismo Charlie fué el que se encargó, costándole ímprobo trabajo, de la construcción de las decoraciones, con cartón. El era el encargado de todos los papeles mientras que yo me ocupaba de la parte práctica y comercial del negocio, como posteriormente lo hice, cuando me erigi en «menager» de Charlie que, como la mayor parte de gentes de imaginación, no siente ningún gusto por la parte comercial de la vida. Cuando éramos niños, tenía el encargo de velar escrupulosamente por el pago que cada uno de nuestros pequeños espectadores debía satisfacer como precio de su entrada —un farthing— (un céntimo) y yo era el encargado de la caja. La gran atracción de la representación de la escena donde se ahorcaba al traidor, haciéndole pagar todos sus crímenes en el cadalso, y con objeto de hacer a la perfección esta escena Charlie había practicado una trampa en el suelo de nuestro pequeño teatro.

Charlie y yo aunamos nuestros esfuerzos de adultos hasta el momento en que pudo hacer caso omiso de mí; entonces nos separamos. Esto no fué obstáculo para que desempeñáramos juntos algunos papeles en los films para cuya ejecución era preciso comprender bien sus modalidades y desempeño. Entonces montaba Charlie el film titulado «Vida de perros» y no encontraba ningún individuo a su gusto para desempeñar el papel de vendedor de café, ese papel sencillísimo, pero que requiere una acción cadenciosa y rítmica que se aproxima por no decir que entra de lleno, a los terrenos de la pantomima. Ensayó varios actores sin que ninguno le produjera el efecto que deseaba; entonces me dijo que su placer no tendría límites si yo me prestaba a ejecutarlo. Acedí a su petición y

desempeñé mi papel lo mejor que pude; y debí hacerlo con resultados satisfactorios, debido a que mi labor le convenció, cosa que no tiene nada de particular si se considera que ambos habíamos trabajado siempre juntos y estábamos identificados en nuestro trabajo escénico. Todavía trabajamos en algunos films; pero no había ninguna razón para continuar más tiempo, ya que esto hubiera sido un error, mirado desde el punto de vista comercial. Por lo tanto, dejé a Charlie seguir su ruta para yo a mi vez continuar la mía y la fe que no siento mi emancipación! Los films que yo he lanzado han tenido un gran éxito, habiendo gustado mucho al público, sobre todo, «The better Ole» y «La tia de Carlos».

Charlie ha sido siempre un hermano modelo y el mejor de los hijos; siempre generoso, nunca avaro ni envidioso. Al comenzar nuestra carrera, lo hacía yo mejor que él; ahora es a la inversa y me congratulo de poder decirlo; jamás hemos tenido celos el uno del otro. Teníamos la costumbre de hacer un fondo común de lo ganado con nuestro trabajo, y cuando uno de nosotros tenía necesidad de dinero, no era preciso que lo pidiera dos veces. Siempre nos entendimos bien a pesar de nuestro carácter diametralmente opuesto. Yo, por ejemplo, tengo ilusión por los deportes en plena naturaleza y Charlie sin tenerles aversión, no siente tampoco ninguna afición por ellos; tiene otras preferencias de orden intelectual que nada tienen que ver con estas. Lo que más prefiere es la lectura y la música. La mayor parte de mi tiempo de libertad, le pase al borde de los lagos o en las pistas de tenis, mientras que Charlie toca el violín o el magnífico órgano que se ha mandado instalar en su casa de Hollywood, a menos que no desaparezca durante una temporada en su biblioteca.

Además de la escena, tuve durante mi juventud una gran pasión: vuelos en avión. En aquella época los hermanos Wright hacían sus experiencias, y recuerdo que me gustaba todos mis ahorros en hacer modelos de aeroplanos. La idea de poder volar por los espacios me obsesionaba y era mi pasión. Jugábamos con estos modelos, en el jardín, en las calles, en una palabra, en todas partes, y muchas veces tuvimos que habérnoslas con la Policía por interrumpir la circulación. A Charlie le gusta mucho volar en avión.

La superioridad de Charlie fué apreciada tan pronto como debutó. Uno de sus papeles primeros fué el que desempeñó en el «Sorprendidos por la lluvia», con Ford Sterling, que estaba